

UN TRABAJO DE LOCOS

Estoy en el manicomio. No, no soy ningún loco. Ojalá lo fuese. Soy algo mucho menos importante y destacable en este lugar. Preparo la comida a los enfermos mentales, les hago la cama, les lavo la ropa y les observo todo el día. Me reconocen como un vigilante, aunque yo me veo como un simple sirviente. Estoy las veinticuatro horas del día, los trescientos sesenta y cinco días del año en este centro, incluidos los festivos, pendiente de gente que no soy yo. No hay nadie fuera de aquí que se preocupe por mi existencia al ser huérfano y nunca haberme dignado a hacer amigos en mi pasado.

Estoy hora a hora sentado, de pie o tumbado con una linterna a mano y los ojos y oídos bien abiertos. La gran parte del día se me pasa aburrido, por eso me encanta luego vigilar alguna de las salas que me asignan para, con perdón, reírme de los locos. Eso me hace olvidar que trabajo para ellos.

Hoy me ha tocado vigilar una de las mejores habitaciones, en la cuál se encuentran dos gemelas que se dedican a pegarse constantemente, sin causar daños graves, sólo algún que otro arañazo.

Mientras observo como entre cinco personas intentan hacer una pirámide humana que se ve desequilibrada, al haber una persona únicamente de base de esta, oigo una voz detrás de mí.

-Vigilante Strack -es el jefe- le necesitamos urgentemente en la sala 102, ha habido otro intento de huida de su amiguito.

Me fijo en su cara burlona. Todos ponen la misma cuando les digo que me llevo bien con uno de los pacientes, Héctor Barolle. Y siempre que ocurre algo relacionado con él, acuden a mí.

Entro en la sala, y me sitúo frente a él. Veo su cara de decepción, ya había intentado huir más veces, y todas con un fracaso que se veía venir porque no tenía en cuenta las cámaras en todas las posibles salidas. Suspiro antes de intentar calmarle, y le digo:

-Héctor, ¿Por qué tienes tanta prisa en irte de aquí? Tienes todo tipo de lujos, juegos y amigos. -Noto que me mira como si le estuviese tomando el pelo. Entonces le suelto sinceramente-. Soy tu amigo.

-Lo sé -dice él. Después se levanta y se retira, junto con dos vigilantes, del cuarto.

Me paso toda la mañana pensando en él. Si fuese de verdad su amigo, no habría avisado a los guardias después de su segundo intento de huida para que vigilaran más las cámaras y le prestaran más atención. ¿O sí? Intento retirar el remordimiento de mi mente porque me hace sentir peor, y me dirijo hacia el comedor donde Héctor suele esperarme sentado en nuestra mesa. Al llegar, me siento con la bandeja junto a él y antes de poder decirle nada sobre mi culpa, me comienza a hablar sobre otro plan de huida. Al parecer, tiene tanta confianza en mí, que esta vez ha decidido desvelarme sus

ideas. ¿Tendré que dejarle huir o avisar a los guardias? Pensar en quedarme con nadie, solo, en ese lugar, me da escalofríos. Así que me inclino por la segunda opción. Pero al ver su cara de emoción y seguridad sobre el éxito que va a tener su plan, sólo se me ocurre decirle:

-Te ayudaré.

Estamos toda la tarde planeando la huida, cada detalle que no debe faltar para salir bien. Y al tenerlo, tras muchas horas dándole vueltas en la cabeza, decidimos llevarlo a cabo esa noche a la hora de cenar. En ese momento Héctor haría que se sentiría mal y yo le haría compañía. Luego, yo me haría cargo de los guardias distrayéndoles, a la vez que Héctor saldría y saltaría la valla con mucho cuidado, y sería libre por fin.

Cooperar en este delito, solo causará problemas y mi soledad. Entonces me acuerdo de porque le metieron en este lugar, de porque está aquí y me doy cuenta que no puedo dejarle huir, o las consecuencias serían fatales. Lo único que puedo hacer es fallarle en el plan y dejar que me odie.

Me preparo para ir a cenar y darle las pésimas noticias, donde necesitaré mucho valor. Entro en el comedor ausente y cabizbajo como si fuese a cometer un asesinato. Cojo una bandeja y veo a mi cómplice a lo lejos haciéndome una señal para que me acerque. Así lo hago y cuando ve que estoy a su lado y está dispuesto a comenzar el plan con sus excusas de dolor de estómago, se oye una voz roncosa:

-¡Todos al suelo!

Me giro y veo cinco figuras enmascaradas y altas con pistolas en las manos, en la puerta del comedor. Al parecer, algunos de los de la sala 300, los pacientes más graves, quieren gastarnos una broma o eso me parece. El que ha hablado está en el centro, da un paso hacia delante y repite:

-¡Al suelo, digo, o disparo!

Los locos se han creído la broma y comienzan a agacharse. Yo, al ser vigilante me doy cuenta de que mi deber es frenar la situación, así que camino con cuidado atravesando el comedor para hacerles creer a los presentes en el comedor que lo que ocurre es verdad, cuando un enmascarado me grita:

-¡Agáchate, o te arrepentirás!

Me acerco más y les digo:

-Ya basta de bromas, estais asustando a los...-antes de decir nada más una bala atraviesa mi hombro y caigo al suelo gritando de dolor.

-Esto no es ninguna broma. -suelta el que me ha disparado-.¡ Ahora dadnos el dinero u os atravesaremos uno a uno!

Todas las veces que me he imaginado un atraco ha sido en un lugar coherente, una farmacia, una tienda de ropa, un restaurante. Pero nunca pensé que llegaría a suceder uno en un manicomio. De repente, veo a Héctor levantándose, y dudo por un instante si esto es parte de su plan, la parte en la que me traiciona y él sale ganando. No puede ser, es imposible, no. En cuanto está totalmente de pie, tarda tres segundos en volver a caer herido por el efecto de una bala, y mi sospecha desaparece instantáneamente. Eso causa una reacción en mí, y como un verdadero loco (nunca mejor dicho) grito:

-¡Al ataque! -y junto a mí, todos los locos de la sala, excepto Héctor, que sigue tapándose el lugar donde le han disparado con la mano, se levantan y cogen lo primero que tienen a mano para atacar a los atracadores.

Se escucha un tiroteo por parte de los atracadores. Y mientras muchos locos caen el suelo heridos o muertos, el resto nos dedicamos a lanzarnos encima de los culpables de esta tragedia tirándoles del pelo, mordiéndoles los brazos y piernas, arrojándoles comida o canicas que algunos tienen guardadas... Y al fin, acabamos vencidos.

Diez minutos después llegan los policías, demasiado tarde. En ese tiempo hemos atado a los atracadores a las mesas y hemos jugado a cirujanos con ellos, mientras cantábamos una canción de victoria, por lo que algunos de ellos tienen pequeños daños por el cuerpo. Así que lo que ven los policías no es más ni menos que una especie de ritual alrededor de las mesas conmigo de protagonista.

Y ahora, diez días después del atraco y el espectáculo que montamos estoy sentado en una sala del manicomio, junto con Héctor, ya curado, y un vigilante dispuesto a interrogarnos:

-Dígame, señor Strack, -me dice- ¿qué ha hecho para acabar aquí?

-Empezar aquí -le respondo irónicamente con una media sonrisa.

-Claro, usted también fue vigilante, pero respóndame a una duda, ¿qué cree que le ha hecho pasar de vigilar a ser vigilado? Es decir, ¿qué le ha vuelto loco? -intenta decírmelo relajado como si temiese que fuera a reaccionar mal.

Me lo pienso un segundo mientras observo a mí alrededor, a lo lejos hay un pequeño grupo de locos, haciendo "experimentos". Pienso en cuánto tiempo he convivido con ellos, y luego respondo:

-¿Acaso no está claro?